



«Las palabras son como monedas,
que una vale por muchas, como muchas no valen por una».

Francisco de Quevedo

Lo uno por lo otro

Taberna de Medardo Aguirre.

San Esteban de Gormaz. Junio de 1632



Nunca fue la de Medardo —ni al de San Esteban le inquietó jamás— taberna que frecuentaran gentiles, hijosdalgo, caballeros ni hombres de bien. Antes al contrario: al negocio, que estaba cerca de la parroquia de San Miguel, acudían de corriente amos del cortadillo y los naipes; bajamanos, azoreros, cofrades de pala, mercaderes, soldados y maridos cornudos en busca de contrato con algún bravonel dispuesto a dar pendencia al causante del agravio.

De sus tres barricas —de a veinte arrobas— con vino de la Soto de San Esteban o Atauta, se sirvieron siempre caldos preciosos o baratos —de éstos últimos los más, que no andaba la clientela sobrada de cuartillos ni blancas en la escarcela.

Se ofrecían a veces algunas chacinas: chorizos y longanizas, cochinitos, y torreznos, pero bien decía el ripio que presidía la entrada de la tasca:

“Este es lugar de vino.

Si os place yantar,

¡ay, amigo, no es mi casa

plaza para gsetones!

Per no tener, no tengo

ni seña en los fogones”

Aquella mañana de año del Señor de 1632 estaba vacío el negocio de Medardo, figonero de aspecto pícaro; panzudo y calvo, quien solía recibir a los suyos con su sonrisa averiada por las mellas, y que ese día andaba más atareado que de costumbre, trasegando vinos aquí y allá y quitando pringue a las mesas. No en vano, estaba ya a la vista la comitiva de Su Católica Majestad, Felipe IV, quien iba a pasar por San Esteban de Gormaz en compañía de los consejeros y su confesor, el padre Baltasar Navarrete.

La visita real había de significar soldados de la escolta que harían parada, a buen seguro, en su negocio. ¡Y vive Dios que al soriano le gustaban los maravedíes, ducados y otros dineros como al que más!

Pero hete aquí que una avanzadilla del cortejo tocó a la puerta del negocio; dos hombres de armas y un correo del cuarto Felipe, de nombre Salvador, y quien preguntó al mesonero, esquila en mano, si era el dueño de la tasca.

—Yo he de ser, y no otro —contestó torciendo el gesto, que no solían traer buen agüero las pompas ni boatos del Rey Planeta ni casi nada que tuviese que ver la Corte.

Luego tomó el papel el tabernero, pues el hombre sabía leer, y soltó un reniego entre dientes ante lo que rezaba la orden.

—¿Qué broma es ésta? ¿Ahora me mandan vuesarcedes el aviso, en plena visita? —reclamó Medardo sin ocultar su molestia.

—Se envió notificación al Consistorio, pero hubo problemas con el correo, de modo que acatad lo que dice la orden y no se hable más. Id cerrando, caballero —ordenó, áspero, el funcionario.

Fue a decir algo más el de la taberna, pero no era juicioso llevar la contraria a aquellos hombres que venían en nombre del rey, de modo que asintió y despidió la visita para, una vez la perdió de vista, releer el apremio.

Mandato



Queda prohibido el negocio de alcohóles en establecimientos cerrados en tanto la Comitiva Real esté en San Esteban de Gormaz.

Se consiente la instalación de tenderete o velador con el género durante y ofrecer vino al Rey.

El incumplimiento del precepto lleva aparejado multa y arresto de treinta días.

Conrado Espinosa

Alguacil Mayor de Su Católica Majestad

Aún quedó Medardo tamborileando un rato con los dedos sobre el mostrador, fruncido el ceño, apretados los pocos dientes que le quedaban, e imaginándose ya con el tenderete en la plaza donde el rey iba a recibir agasajo, y cuyos preparativos llevaban en marcha al menos dos días.

«Como un feriante voy tener que andar para llenar los vasos a la soldadesca, rediós, como si no tuviese yo bastante con tanta gabela y tanta moneda a las arcas del Imperio; que trabaja uno de sol a sol para llevarse las migajas nada más. La recaudación prevista hoy la pierdo yo como Boabdil perdió Granada, mal rayo me parta».

Después de pensar aquello llamó a su hijo Juan y le dijo que aviara la mula para llevar dos mesas y un resguardo de tela, que a lo peor llovía y hasta podía estropeárseles el vino, y ya tenía suficiente el mesonero con aquel inconveniente de última hora.

Hizo el muchacho con presteza lo que el padre le dijo. Luego lo ayudó con dos cántaros, uno de vino tinto y el otro de vino blanco, que cargaron en el carro. Después, tras echar el cerrojo a la taberna, se fue el mesero a casa a ponerse unas

calzas limpias y un jubón muy fino que apenas usaba, pero que era vistoso y de buen paño, acaso ropa digna para lucir ante la presencia de don Felipe, aunque éste, de corriente, apenas prestara atención a sus súbditos.

Cuando padre e hijo llegaron a las inmediaciones del Castillo, luego de salir por el camino de San Miguel, muchos comerciantes habían instalado allí sus tiendas, de modo que fue imposible pasar. Medardo y su hijo Juan se tuvieron que conformar con montar su tenderete en segunda fila, por detrás de los otros puestos.

Una nube de funcionarios y empleados se afanaban, mientras, en dejar el lugar en perfecto estado cuando, sin esperarlo, Felipe IV apareció por allí antes de que todo estuviera preparado. Hubo entre las gentes del pueblo vítores al rey y algún alboroto, pero el resto de empleados, aun presentando respeto, no dejó de lado sus obligaciones ni se distrajo.

Al poco de estar allí el cuarto Felipe, quedó tendido el tapiz sobre el suelo. Se colocó sobre ella la mesa y la silla donde iba a comer Su Majestad, mientras éste asistía al montaje del comedor con una copa de vino en la mano, departiendo con otros nobles que lo acompañaban, además de con el regidor de Soria.

Una vez el gentilhombre de boca recibió de manos del sumiller el salero cubierto y besado, con la mesa ya vestida, y los trincheros y el calentador a punto, el ujier de vianda, urgido porque la hora se le echaba encima, advirtió a los servidores para que estuvieran atentos.

El sumiller, de nombre Jaime Larrea, colocó dos copas llenas de vino, la que usaría el monarca y la de salva, que probaría don Jaime delante de Su Majestad para asegurarle que no había peligro.

—¿Es el vino de vuestro agrado, majestad? —preguntó el alcalde atento a la reacción del rey, quien acababa de tomar asiento y paladeaba el caldo con parsimoniosa calma.

Don Felipe, tan estático que se diría una estatua, contestó con una imperceptible inclinación de cabeza, pero luego dijo:

—¿Y cómo va a estar, buen hombre, si es vino de tierra soriana?

El lugar se llenó entonces de más alabanzas y palmas, de risas y de fiesta, aunque el rey y su séquito estaban bajo un toldo, con una cuerda de soldados impidiendo que la gente se acercara más de la cuenta a curiosear o importunar a Su Majestad mientras comía.

Olía en la Dehesa a pan horneado, a sudor y a vino. Apretaba un poco la canícula de los primeros días de verano —como lo hicieron los más cercanos al final de la primavera—. Tanto fue así que hasta don Felipe había abandonado todo ceremonial, vistiendo para la ocasión una fresca camisa blanca y unas sencillas calzas de fino algodón.

Se llenó San Esteban de jaleo y de voces. Pregonaban los vendedores su mercancía. La soldadesca se mezclaba con curiosos y vecinos que, llamados por el júbilo de las fiestas que se avecinaban, paseaban o se acercaban todo lo posible a los guardias para ver al monarca.

Mientras, el mesonero, amoscado aún pero con el tenderete listo, despachaba vino a los soldados y vecinos, pero ni mucho menos en la cantidad que había previsto. Y es que no solo tenía que vender fuera de su establecimiento, para colmo de males, gente de Morcuera, Villálvaro o Torraño, atraídos por la posibilidad de negocio, habían montado su puesto de caldos de la tierra y chacinas.

—He visto que habéis hallado con rapidez lugar donde vender vuestro vino que, por cierto, dicen por aquí, es muy bueno.

—Más que muy bueno, señor —contestó Medardo cuando vio delante del improvisado mostrador a Salvador, el hombre que le había hecho llegar la notificación para que cerrara la taberna—. Pero entenderá vuesarced que poca ganancia sacaré hoy con tanta competencia.

Se encogió el funcionario de hombros mientras probaba el vino que acababa de pedir.

—Pues quizá —dijo— os agrade saber que ha llegado a oídos de Su Majestad la calidad de vuestros caldos, de modo que quiere catarlos mientras come.

—¿El rey? —preguntó Medardo con extrañeza—. Sin duda me engaños.

—En absoluto. Preparad, si sois tan gentil, dos jarras, que ahora vendrá el ujier a recogerlas.

El del figón se tomó aquello como un halago, pero era mesonero y no un lerdo, así que no tuvo inconveniente en preguntar:

—Y el vino, ¿quién me lo pagará, vos o el ujier?

Salvador frunció el ceño y dijo que al rey, como a los buenos amigos, se le convida.

Boquiabierto quedó el de sanestebeño, que no casaba con aquello de dar vinos de balde. Ni al rey ni a los amigos, que si no se regalaba carne de toro o

morcilla, por qué vino. Aun así, luego de rumiar un denuesto, preparó los caldos con la cara larga como una vara.

—Si no es mucho trabajo, ruego vuesarced me sean devueltas las jarras — dijo Medardo. Salvador asintió y dijo que enseguida vendría el ujier a recoger el vino.

—No os soliviantéis, padre —intervino Juan, el hijo del mesonero cuando el funcionario se hubo marchado—. Podréis contarle a vuestros nietos que el rey bebió vinos de nuestra casa.

—¿Pero qué nietos, Juan? Si eres hijo único, has cumplido los 26 años y ni pretendiente se te conoce en toda Soria ni alrededores. Que ya nada más me faltaba que fueras un julandrón y un pisaverde. Anda, llena algunas jarras y mira a ver si esta caterva de energúmenos que nos honra con su visita nos colma el esquero, que vaya día llevo, Juanito, por Dios y todos los santos del cielo. ¡Vaya día llevo!

Vino el ujier de viandas a por el vino acompañado por un ayudante. Sin apenas hablar recogió el encargo y se marchó para perderse, entre la gente que copaba la explanada, camino del merendero instalado para el Habsburgo y su séquito.

Medardo siguió sirviendo caldo a cuentagotas, iracundo y poco hablador, bregando con militares ebrios, quincenos y topadores; mujeres de mala vida, rabizas con escotes que mostraban sin recato las marmellas, que no era aquel mal día para llevarse, como el resto de comerciantes, unas monedas de más al bolsillo.

No podía ni imaginar que, al poco de que el ujier se llevara el vino, Salvador regresaría al puesto para pedirle que fuera, ni más ni menos, ante la presencia del rey.

«Quiere Su Católica Majestad agradeceros el regalo de tan preciado vino. No gastéis cuidado por el puesto. Dos hombres le darán custodia y será solo cuestión de un momento. El chico puede venir si quiere».

Quedaron padre e hijo como quien ve una vaca volando, la boca entreabierta, los pelos revueltos y tan quietos que ni pestañeaban.

Apremió Salvador a los dos hombres, quienes vieron cómo la gente se apartaba y los soldados que guardaban la seguridad del Austria le dejaban franco el paso.

—El rey, padre. Vamos a ver al rey —cuchicheó Juan sin disimular su emoción.

—A mí qué esas gaitas, Juanito —murmuró el otro—. Más le valdría a Su Majestad compensarme tanta merma, que tengo el gozo en un pozo, y no va a ver rey que me lo rescate del agua, rediós. Y una cosa te digo: en boca cerrada no entran moscas, de modo que tú calladito, que estás menos feo, ¿estamos? Pues eso. Mutis, Juanito. Tú mutis.

—Padre, que se acerca mi santo.

—Ni santo ni santa, Juan. Tú a callar.

Cuando llegaron donde estaba Felipe IV, ambos ensayaron una reverencia, con más intención que acierto, que no eran aquellos dos hombres dados a tratar con la nobleza de España, si no con su más gente corriente; cuando no ratera, miserable.

—Majestad —dijo apenas Medardo.

—Exquisito vino el vuestro. A fe mía que no he probado nada mejor en todo el viaje. Ni creo que lo pruebe —dijo don Felipe señalando brevemente las dos jarras vacías.

Andaba el Habsburgo ya con la nariz colorada y los ojos achispados. Se le veía especialmente hablador.

—Me alegra escuchar eso, Majestad —acertó a decir el mesonero.

Don Felipe sonrió levemente y después miró fugazmente a Juan. Luego apuró la copa mirando al mesero, quien, sin saber qué hacer, se frotaba un brazo, nervioso.

—Bonito jubón —dijo el rey de repente.

Medardo se miró la prenda un momento y dijo:

—¿El jubón...? Sí, sí. De mi señor padre, Majestad. Un enamorado de los vinos y más aún de la cacería y la pesca, del que era un consumado experto. No poca suerte le dio la prenda. Día que se echaba al monte o al río con él, día que se cobraba tantas piezas que teníamos que ir a ayudarle.

—¡Vaya! —soltó el rey.

—Padre...

Calló Juanito ante el codazo que le dio Medardo.

—Debéis disculparme, Majestad. Hay hijos que salen listos y otros que salen tontos. Y a mí me mandó Dios Nuestro Señor lo segundo y no lo primero. Y ahora, si no mandáis nada más, tenemos que...

—De modo que ese jubón trae suerte en la cacería y la pesca —dijo don Felipe.

—Así es. Antes que mi padre, mi abuelo también lo usó y con idéntico resultado. Lástima que yo no haya seguido sus afición ni sus enseñanzas.

—Sí que es una lástima —reconoció el Habsburgo.

Quedo luego en silencio el rey, pero sin quitar ojo a la ropa que Medardo traía puesta, hasta que, de repente, preguntó:

—Y no está en venta, imagino

—¿Majestad?

—El jubón, digo...

—No, señor. No lo está. Tened en cuenta que si a mi abuelo y a mi padre les dio suerte en la caza y la pesca, a mí me la da en los negocios. Bien cuidada la tengo, no se me vaya a estropear.

—Así que es una prenda mágica— intervino el alcalde de Soria.

Hubo risas por la ocurrencia, pero el rey alzó la mano, molesto, y todos callaron. Luego don Felipe llamó a uno de sus asistentes, conversó con él un instante y se marchó para volver al poco con una saquita de cuero con el escudo de la Casa Real.

—Creo que ese jubón no me quedaría mal después de que mi sastre hiciera algún ajuste. Decidme, ¿aceptaríais tres reales de a ocho por esa almilla? Es mucho más de lo que vale.

Quedó sin habla el mesonero, quien escuchaba tras de sí a Juan repitiendo la oferta del rey, como si se hubiera vuelto zopenco de repente.

—Es cierto, Majestad, pero convendréis conmigo que puede comprarse casi todo, menos el destino y la suerte.

—Sabias palabras. Para ser mesonero sois hombre leído. ¿Qué tal cuatro reales?

—Seis —se atrevió a decir el mesonero, quien había roto a sudar como un condenado—Me vendrán bien para comprar alguna camisa y estar presentable por San Juan.

Hubo un murmullo y alguna queja por la insolencia, pero Felipe IV alzó la mano, aunque esta vez reía.

—Sí que debe ser valioso el dichoso jubón. Estáis regateándome, y esto no es un zoco de Tánger. Esto es San Esteban, y yo soy el rey, ¿o me habéis visto cara de morisco?

Ahora la carcajada resonó en toda la villa. Solo Medardo y su hijo esbozaron apenas una mueca.

—Lo lamento si os he ofendido. Majestad —dijo Medardo humillando la cabeza.

—No hay cuidado. Que sean seis. Si ese jubón es como decís, ganas me dan de darme la vuelta y volverme a Guadarrama y echarme al monte con los perros —dijo el monarca.

Luego del trato y la despedida, quedó el de la taberna en entregar al ujier más vino y el jubón tras dar las gracias a don Felipe y el resto de la comitiva. Marchóse feliz el hombre, con su hijo detrás, como una rémora, la boca entreabierta, hasta que llegaron al puesto.

—Juanito, voy a casa a quitarme el jubón y ver qué puede hacer tu madre para disimularle el olor a humanidad. Que no vamos entregarle al rey la prenda apestando a sudores.

—Padre —dijo Juan mientras pedida el vino antes de que el ujier volviera: jamás me contasteis nada acerca del jubón. Ni nada de la suerte que traía. No sabía que al abuelo le gustara la caza y la pesca.

—¡Anda, ni yo! —exclamó el padre.

—Entonces...

—Entonces nada, que de verdad pareces lerdo: ni el jubón era de mi padre ni de mi abuelo. Lo compré a un mercader cuando tú eras un crío y ya está.

—¿Habéis engañado al rey? —se pasmó Juan.

—¡Toma, claro! Ya lo has visto. Vaya lo uno por lo otro. Y un buen pellizco me he llevado. Esto no lo saco yo ni en seis meses sirviendo vinos a todos los clientes de la comarca. Ya lo dice el refrán: “Verdades son valiosas, mas si las mentiras te creen, son verdades que valen por cien”.

Dijo eso el mesonero feliz y luego se fue contento camino de su casa, a dar al jubón romero y lavanda para quitarle el olor a la prenda.

Epílogo

Sierra de Guadarrama. Seis meses después

Olía entre los pinos y la sabina a pólvora. Ladraban los perros y Su Majestad, Felipe IV de España y Portugal, sentado en un berrueco, el arcabuz en la mano y resoplando, preguntó a su asistente si recordaba haber cobrado alguna pieza desde que llevaba puesto el jubón que le compró al mesonero, hacia casi medio año, durante las fiestas de San Juan.

—Una becada, creo, señor —dijo el ayudante carraspeando.

—Una becada —repitió el rey—. Y me he puesto la almilla no menos diez veces desde que la compré.

El ayudante no quiso corregir don Felipe, pero lo cierto era que el jubón ya lo había usado el monarca al menos el doble de veces de lo que decía, sin suerte, por cierto, ni para la caza ni para la pesca.

—Ese hombre bien me engañó —dijo levantándose de la piedra—. Y encima tuvo la osadía de regatearme como si yo fuera un mercader. ¿Qué os parece, Julián?

—Que merece un castigo, Majestad.

—¿Un castigo? No, no. El castigo lo merezco yo por dejarme embaucar y creerme el embeleco. Seis reales de a ocho me sacó el soriano. ¿Os lo podéis creer? ¡Ja! Seis reales de a ocho por una prenda que es puro trapo.

Más que con queso, el hideputa me la dio con vino —rio el Habsburgo—. Y a buen seguro que se habrá comprado ropas para las próximas diez o doce fiestas de San Juan.

Anda, vamos que me quite el jubón, que encima pica como un ejército de chinches —dijo el rey camino de su carruaje—. En España, mi querido amigo, no caben más robabolsas ni más rateros.